

Recuperar la memoria

Por Claudia González

Les hablaré de la Guerra Civil en Guatemala (1960-1996) y sus consecuencias. Guatemala vivió la represión “más sangrienta de América Latina.”¹ Una guerra de más de 36 años que dejó un saldo de más de 200,000 muertos, 45,000 desaparecidos y más de 100,000 desplazados. Un mínimo de 22,348 víctimas de masacres y 422 masacres que implicaron destrucción masiva de comunidades y matanzas a grupos enteros.²

Guatemala es un país con una historia sociopolítica compleja y complicada. No entraré en los detalles que hicieron estallar los antecedentes históricos que les presentaré. Solo diré que una de las constantes en la historia de este país es el problema de tenencia de la tierra, la enorme brecha entre ricos y pobres, la rígida y endogámica oligarquía, los oligopolios y la xenofobia.³ La vida de los intelectuales⁴ también ha estado marcada por esto y, la del Estado (salvo durante algunas épocas) también.

Las dictaduras y golpes de estado solo han dado breves treguas, en 1944 y en 1951 con dos presidentes elegidos democráticamente. Sin embargo, durante estos años de democracia, hubo al menos 30 intentos de golpe de estado y una intervención de los EEUU y de la CIA en 1954 (empujada por su obsesión con el comunismo de la época) que dejó más de 15,000 muertos y abrió el camino para que en 1960 se diera el viraje a la Guerra Civil que duraría más de 36 años.

Los mecanismos del horror⁵

A lo largo de todos estos años de guerra el discurso se acentuó sobre todo en aplicar maneras de hacer con el enemigo para acabar con él por completo, para *arrasar* con él. El mecanismo de la denominada *Tierra Arrasada* era esto: quema y destrucción masiva de poblaciones y comunidades habitualmente en días de mercado o fiesta, cuando hubieran grandes concentraciones de personas en el poblado. No importa quien estaba dentro.

Las atrocidades masivas estuvieron presentes en más de la mitad de los ataques.⁶ Con machetes, fusiles, fuego, bombardeos, se mataba a grupos enteros, familias, aldeas o también a grupos de personas que iban juntas en un bus o en auto. A estos muertos no se les daba sepultura, se les enterraba en fosas comunes que muchas veces eran cavadas por las propias víctimas minutos antes de ser ejecutadas. Los sobrevivientes de la tierra arrasada huían, si podían, –porque muchos eran perseguidos y buscados luego en helicóptero – ya sea a perderse en el bosque, la selva o la montaña, al exilio o a otra comunidad.

Sin embargo, aunque el campo de batalla de esta guerra fue el interior de Guatemala, en la ciudad había épocas en que se escuchaban bombas a lo lejos (destinadas a sembrar miedo y que la población no se manifestase. Desde 1978 a 1996 no volverían a darse manifestaciones publicas en las zonas más heridas por la guerra),⁷ los apagones de luz o su racionamiento eran frecuentes. No era raro ver al ejército deambulando por cualquier zona de la ciudad o, de vez en cuando, a los tanques tomar las calles. Los asesinatos a

plena luz del día y a sangre fría sucedían a menudo. Las desapariciones forzadas también.

Una guerra contra uno mismo

Es importante subrayar la creación de dos bandos, en espejo. “El enemigo” tomó muchos nombres que subrayaban las “pequeñas diferencias” con el otro. Era el discurso de la segregación, el del rechazo de la alteridad. Al hombre, como decía Freud “[El prójimo le representa también] un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, [...] para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo. *Homo homini lupus*: ¿quién se atrevería a refutar este refrán después de todas las experiencias de la vida y de la historia?”⁸

El énfasis que se hacía en las pequeñas diferencias tomadas como “evidencia”, sembró la agresión y la hostilidad entre los dos bandos pero también entre ellos mismos. Como dice Jacques-Alain Miller “Todo lo que vale como evidencia para el sujeto depende de la identificación, de modo que una evidencia tampoco es un dato.”⁹ El quiebre, la herida en el lazo social comienza ahí. Porque ¿quien no tenía en su entorno a alguien con alguna de estas “características” resaltadas como evidencias? El otro semejante, entonces, dejaba de hacerse próximo para dar pie a la desconfianza en el vecino.

El otro, el hermano, lo mío rechazado en el otro, fue durante la Guerra Civil, el enemigo. Tal como señala Guy Briole: “La pesadilla de lo mismo de uno mismo en el otro se apodera de cada uno: la identidad se fija en lo arbitrario, la alteridad se hace mortal.”¹⁰ Lo mío en el otro, rechazado y vivido como algo a exterminar (y no a alojar) está en el centro mismo del discurso de la segregación, que se vistió y se viste de muchas maneras.

¿RECONCILIARSE? ¿CÓMO?

En diciembre de 1996 terminó la guerra en Guatemala. “Se firmó la paz”, pero sabemos que, aunque se decreta o se pacte, la paz entre los hombres puede ser una quimera, hay siempre un gran trabajo por hacer. Así, hubo un cese al fuego en aquel año, fruto de un proceso de diez años para establecer esos “acuerdos” que garantizarían que la guerra acabaría. Me parece que lo más importante en esto es que fue un proceso que contempló varias dimensiones de tantos años de heridas, trauma y muerte. No fue un camino corto ni rápido. Al día de hoy el trabajo por mantener esos acuerdos sigue.

Para la llamada reconciliación se creó la Comisión de Esclarecimiento Histórico, con la que trabajó el informe REMHI (Recuperación de la Memoria Histórica) “Guatemala: Nunca más”, en el cual quiero poner un acento especial.

Tomaré esto desde tres ejes: 1. Recuperar la memoria, 2. El testimonio, su fuerza, 3. Los desaparecidos que faltan a la paz y a los duelos.

1. Recuperar la memoria

Ya decía un poeta que “el olvido está lleno de memoria.”¹¹ Si decimos “recuperar” está implícito que algo se perdió. Cuando hay guerra parece que no hay historia, el tiempo se congela, el espacio cambia, haciéndose a veces desconocido. Cuando se vive en presencia sus escenas ellas parecen, luego, recortes sin sentido. Detenidos en el tiempo. El proyecto “REMHI: Guatemala, Nunca más” es un informe que recoge todos los testimonios de aquellos que quisieron testimoniar sobre su experiencia durante el conflicto armado interno, sin importar si actuaron con la guerrilla, con el Ejército, o sin ninguno de ellos, sin importar si fueron víctimas de unos o de otros. Cuatro libros en donde están escritos los testimonios de todas estas personas, unas anónimas, otras no. El fundamento del informe es “el de preservar la memoria histórica sobre la violencia política, las gravísimas violaciones a los derechos humanos de las personas y comunidades indígenas durante estos treinta y seis años de lucha fratricida que produjo una polarización social sin límites.”¹² Para ello, se tenía muy claro que no podían limitarse a la reconstrucción de los hechos y a los casos relevantes, porque ellos “dejan fuera la experiencia de la gente.”¹³ Así, se cambió la metodología a una más abierta porque se quería correr el riesgo de victimizar a los sobrevivientes. Se apostó por que “el testimonio tenía que ayudar a reconocer el dolor pero, a la vez, a recuperar la dignidad que los agentes de la violencia habían tratado de despojarle a la gente.”¹⁴ No detallaré este proceso, pero les diré que en sí misma, esta manera de proceder, me parece un testimonio de como se le dio el primer lugar a la dignidad del sujeto y su palabra.

Sin embargo, a pesar de la reconciliación, del cese al fuego, la paz “eterna”¹⁵ –como dice Freud en su respuesta a Einstein –, no existe. Existen quizás sí, ciertos momentos de calma o tranquilidad. Lacan decía que no hay progreso “El hombre gira en redondo si lo que yo digo de su estructura es verdadero, a saber que la estructura del hombre es tórica.”¹⁶ La destrucción, el odio y agresividad hacia el otro vuelven sin cesar. La noche del 26 de abril de 1998, el obispo Juan José Gerardi, principal promotor y quien estuvo a cargo del REMHI, fue brutalmente asesinado. Dos días antes había publicado el informe “Guatemala: Nunca más.”

2. El testimonio, su fuerza

La Guerra Civil en Guatemala arrebató, uno por uno a quienes la vivimos, el derecho a la palabra. La represión se dio a muchos niveles y el miedo a hablar era, frecuentemente, el motor para mantenerse callado. Muchos fueron los años de silencio, a través del cual se tejió el odio, la incertidumbre, se alimentó el miedo, la rabia y la idea del enemigo; se hizo de la obediencia o desobediencia una virtud. Durante esos años eran pocos los que contaban su historia y si lo hacían quizás era desde el exilio.

La importancia de hablar y ser escuchado es fundamental. Porque si no puede ser como el sueño repetitivo de Primo Levi sobre hablar y no ser escuchado, ser ignorado.¹⁷

Con esto me refiero a la manera en que el otro acoge lo que escucha. En el REMHI los testimonios fueron acogidos no solo escuchando cada uno de ellos sino también

escribiéndolos, publicándolos y entregándolos a la población con el título “Guatemala: Nunca más”, como consigna del deseo de que las atrocidades de la guerra no se repitieran *nunca más*. Una posición ética que permite un viraje de suma importancia no solo en la historia del país sino también en la de cada una de las víctimas de esta guerra. *Nunca más*, pone el acento en un repudio a la violencia, a los mecanismos del horror, al odio. La palabra *testimonio* viene de otra: *testigo*¹⁸, con lo que quiero llamar la atención a que lo verdaderamente importante del testimonio, de testimoniar es que el testigo diga “esto pasó” y ser escuchado. Sin más. Porque si se entra en el silencio, la verdad de cada uno lo hace también. Así, que estos testimonios estén ahí y hayan sido escuchados sin comentarios ni interpretaciones, les da aun más vigor.

Cada una de las personas que testimonió en el REMHI quiso hacerlo. Buscaban una verdad, una respuesta, un culpable, un lugar donde pudieran estar sus muertos. Buscaban todo esto y más a través de la palabra. Pero la verdad, sabemos, no es generalizable, es una por una, y esta emerge en el testimonio que cada sujeto hace. El testimonio surge ante lo imposible de borrar, ante el agujero de lo traumático que espera a las palabras.

Lacan da toda su importancia al testimonio, no solo cuando habla de los AE, sino también cuando dice que toda comunicación va más allá de un simple intercambio, marcando el valor del testimonio. Precisa que “La comunicación desinteresada, en última instancia, no es sino un testimonio fallido, o sea, algo sobre lo cual todo el mundo está de acuerdo.”¹⁹ Esto, para Lacan, es lo que hace la ciencia: todos de acuerdo. Pero la transmisión de una experiencia es otra cosa. Ella introduce “la función del testimonio.”²⁰

El testimonio no apunta a poner de acuerdo a nadie sino a transmitir lo particular de cada experiencia. Podríamos decir que no hay testimonio colectivo sino solo uno por uno. El testimonio es singular y él transporta, en el caso de los testimonios recogidos en el informe “Guatemala: Nunca Más” mucho sufrimiento pero también ganas de vivir. La palabra, el bien decir, vehicula la posibilidad de la vida. Testimoniar pone, de alguna manera, por la palabra misma, un límite entre aquello que puede ser dicho y lo que no, sabiendo que esto último ya está ahí en lo que se dijo.

El interés que tiene para los psicoanalistas el testimonio es la transmisión de algo de lo real en juego para cada sujeto, tomando lo real como lo imposible, como lo que no cesa de no escribirse. Es decir, el corazón mismo de lo traumático. Lo imposible de representar, de decir, de escribir, se muestra (no se demuestra) en el decir mismo del testimonio.

3. Los desaparecidos que faltan a la paz y a los duelos

Las desapariciones forzadas fueron uno de los mecanismos más utilizados durante la Guerra Civil. Se llevaban a cabo a cualquier hora del día, en cualquier lugar del país. Las personas eran “detenidas” y nunca más se volvía a saber de ellas. Las razones podían ser múltiples pero nunca se conocían. Muchas familias guardaban silencio, otras denunciaban la desaparición de su familiar sin obtener respuesta del Estado. La vida trascurría sin ellos. Muchas veces sus objetos personales permanecían en el mismo lugar

donde los habían dejado, su habitación tal cual estaba la última vez. Todo parecía estático. Como si esos objetos reclamaran el regreso de su dueño. Pero era la familia la que esperaba, deseaba, tenía la esperanza que la próxima llamada a la puerta fuera él, o ella. Que la siguiente llamada por teléfono trajera noticias de su familiar desaparecido. Hay a quienes se les considera desaparecidos por haber sido asesinados y tirados en una fosa común. No se sabe en donde y no se sabe con quien. Las víctimas de la *tierra arrasada* (quemadas o asesinadas de diversas maneras) quedaban todas dentro del mismo agujero: un pozo, una fosa, un barranco. Sus restos no eran entregados a sus familias, quienes presumían su muerte. Digo presumían porque hasta que no se tienen los restos del ser querido para enterrarlo, el interrogante sobre su paradero sigue abierto. La esperanza de que haya escapado de aquella masacre sigue viva, la incerteza, la duda que vacila entre la vida y la muerte no se apaga. Al día de hoy no se conoce el paradero de unas 45,000 personas.

Enterrar a los muertos ha sido, desde hace milenios, de suma importancia para el sujeto. En la Grecia y Roma antiguas “Se temía la muerte menos que a la privación de la sepultura”²¹ como lo vemos bien, por ejemplo, en la Antígona de Sófocles. Lo mismo podemos afirmar para los mayas. Para estos últimos enterrar a los muertos, darles sepultura es una condición que pertenece a un “ciclo”, el de la vida. Con Freud podemos decir que permite la posibilidad de hacer un duelo por un objeto perdido y que “Una vez [el duelo] haya renunciado a todo lo perdido se habrá agotado por sí mismo y nuestra libido quedará nuevamente en libertad de sustituir los objetos perdidos por otros nuevos.”²² Pero, cuando no se tiene un cuerpo para enterrar, ese objeto –que era el otro, el muerto – queda aun libidinizado y capturado por la duda de su paradero. Lo que, en realidad, envuelve algo de lo real para cada uno. Los testimonios de los sobrevivientes que aun buscan a sus familiares y de quienes los han encontrado nos enseñan esto. La sepultura, no por ella misma, sino en tanto ella contiene el cuerpo del muerto es el viraje que Lacan marca del paso del hombre al ser hablante: “Quién no sabe el punto crítico con el que nosotros fechamos en el hombre al ser hablante: la sepultura, es decir, donde, de una especie se afirma que, al contrario de cualquier otra, el cuerpo muerto conserva ahí lo que le daba al viviente el carácter: cuerpo.”²³

Encontrar a sus muertos para darles sepultura es una tarea que tienen aún pendiente miles de guatemaltecos y de asociaciones dedicadas a ello. Eso permitiría tejer, con ayuda de lo simbólico, un borde a ese agujero infinito que se abre ante la incertidumbre, la duda, la espera, que no puede tratarse sin tener el cuerpo, la osamenta del ser querido para enterrar. Si, quizás para dar paso al agujero de la muerte. Pero entonces será un agujero distinto, delimitado por la palabra, los símbolos y ritos que acompañan un entierro. Los muertos de esta Guerra Civil deben regresar para que quienes los buscan puedan dejarlos ir como los muertos, con historia y nombre, que son.

La paz para todos, pantalla de las marcas traumáticas de cada uno

Para terminar, quisiera hacer un pasaje breve por mi propia memoria. Mis papás intentaron siempre resguardarnos, a mi y a mis dos hermanas, de los efectos que la

guerra podía tener en nuestro entorno. Se hablaba más bien poco de ella. Sin embargo eso no impidió que yo percibiera y preguntara qué era lo que estaba pasando y por qué pasaba. Tampoco impidió que viviera y me marcaran situaciones directamente relacionadas con la guerra.

Los padres quisieran proteger a los niños de la guerra, pero no pueden apartarlos de o evitarles los malos encuentros. No desarrollaré, hoy, este punto. Pero se puede afirmar que todas las guerras dejan marcas y que, más allá del lazo social a restablecer, cada uno debe tomar estas marcas a cuenta propia; por ejemplo en un análisis.

Notas

-
- 1 Zulian, C., *Guatemala, Les disparus de la dictature*, Documental disponible en Internet.
 - 2 Estos son los datos que sostiene la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH)
 - 3 Casaús, M. *Guatemala, linaje y racismo*, F & G Editores, Guatemala, 2010.
 - 4 Casaús, M.; García, T. *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, F & G editores, Guatemala, 2005.
 - 5 Arzobispado de Guatemala, Oficina de los Derechos Humanos, *Guatemala: Nunca Más. Los mecanismos del horror*. Vol. 2, ODHA, Guatemala, 1998
 - 6 *Ibíd.*
 - 7 Esto fue a partir de la masacre de Panzós cuando el Ejército de Guatemala inició en el Valle Polochic una represión específica con los líderes de las comunidades que reivindicaban tierras como también contra sacerdotes mayas. Cada poco tiempo se veían cadáveres de indígenas flotando en el río Polochic. Esto atemorizó tanto a la población que las peticiones de tierras disminuyeron drásticamente.
 - 8 Freud, S., “El malestar en la cultura”. *Obras Completas*, Tomo 3, Biblioteca Nueva, Madrid. 2003, p. 3046.
 - 9 Miller, J.-A., *Un esfuerzo de poesía*, Paidós, Buenos Aires, 2016.
 - 10 Briole, G., *La alteridad a prueba de guerra*, Texto de orientación de las XI Jornadas de la ELP. Octubre 2017, Disponible en Internet.
 - 11 Benedetti, M., *El olvido está lleno de memoria*, Sudamericana, Buenos Aires, 2000.
 - 12 Arzobispado de Guatemala, Oficina de los Derechos Humanos, *Guatemala: Nunca Más. Impactos de la violencia*. Vol.
 - 13 *Ibíd.*, p. XXI
 - 14 *Ibíd.*, p. XXII
 - 15 Freud, S., “El porque de la guerra”, *Obras completas*, Tomo 3, Biblioteca Nueva. Madrid, p. 3210.
 - 16 Lacan, J., *El Seminario, libro 24, L'insu que sait de l' une-bévue s'aile à mourre*, Clase del 16 de noviembre de 1976, Inédito.
 - 17 Levi, P., *Si esto es un hombre*, Península, Barcelona, 2004, pp. 64-65.
 - 18 Corominas, J., *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredos, Madrid, 2006, p. 566.
 - 19 Lacan, J., *El Seminario, libro 3, Las Psicosis*, Paidós, Buenos Aires, p. 60.
 - 20 *Ibíd.*
 - 21 De Coulanges, F., *La ciudad antigua: estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma*, Porrúa, México, 1992, p. 8.
 - 22 Freud, S., Lo percedero, *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid.
 - 23 Lacan, J., Radiofonía, *Otros Escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012, p. 431.